

EL BRUJO DE LA DINA

GLADYS DIAZ

A mediados de marzo, en una pequeña y solitaria casa situada frente a la Playa Chica de Cartagena, fue localizado por la policía civil uno de los hombres más temidos por cientos de personas que desde 1975 en adelante pasaron por los cuarteles secretos de la DINA y más tarde de la CNI.

Agobiado por los años y sin poder recuperarse anímicamente del fallecimiento de su esposa, Osvaldo Pinchetti Gac, de oficio adivino, mentalista o parasicólogo, no opuso resistencia a los detectives.

Su mujer, antes de morir, le había pedido que la incinerara y que arrojara sus cenizas al mar en las aguas de ese popular balneario del litoral central.

Pinchetti, que amaba profundamente a su esposa, cumplió con el pedido y además, en un acto irrefrenable, decidió grabar una placa que recordara a la venerada cónyuge y adosarla a un muro cercano al mar de Cartagena.

Por eso estaba en aquella fría casa cuando llegaron sus perseguidores.

Trasladado a las oficinas de la Brigada de Homicidios en Santiago, Pinchetti empezó a recordar...

LOS COMIENZOS

El verano de 1975 llegaba a su fin y los hombres de la DINA retornaban -creían ellos- de unas bien ganadas vacaciones.

El coronel de Ejército Marcelo Moren Brito, comandante de la Villa Grimaldi, volvió de las cálidas playas de La Serena y Coquimbo.

No llegó solo. Le acompañaba un hombre gordo, que sudaba copiosamente, exhibía una pronunciada panza, pantalones acinturados sobre el vientre y un aspecto general muy descuidado.

Siempre tenía las uñas muy sucias y de su cuerpo emanaba un olor que no era precisamente un perfume de rosas.

Moren -alias 'el Ronco' o 'el Coronta'-, había conocido a ese hombre por unos amigos serenenses, quienes le habían asegurado que Pinchetti era un entusiasta y confiable partidario del gobierno militar y que -lo más interesante- poseía la habilidad de hipnotizar a las personas y extraer de ellas la información que quisiera.

Era justo lo que Moren, a quien los ex presos políticos de la Villa Grimaldi recuerdan como un interrogador despiadado, necesitaba.

Le consiguió a Pinchetti un delantal blanco y lo introdujo en el cuartel de detención e interrogatorios, tratando de convencer a los prisioneros de que era un médico con vastos conocimientos para penetrar las mentes.

"Renata" -una joven prisionera- fue su primera víctima.

Era la demostración inicial y cerca de una decena de oficiales y suboficiales, expectantes todos, asistieron a la sesión.

La mujer sintió un pinchazo en el brazo y la inyección de una sustancia líquida.

Un voz le repitió despacio cerca de su oreja:

-Es pentotal... no te resistas...

La detenida sintió alejarse las otras voces y un solo vozarrón perentorio inundó sus oídos.

-Te vas durmiendo... Harás lo que yo te diga...

Pinchetti se volvió a su improvisada audiencia y anunció:

-Vamos a probar si está ya hipnotizada.

Se escuchó el chasquido de un encendedor.

La mujer, que simulaba un estado hipnótico, se concentró para controlar el dolor de la inminente quemadura.

Una exclamación de admiración surgió entonces de entre los observadores.

'El Brujo' empezaba a ser creíble.

En las semanas siguientes, Pinchetti hizo bailar cumbia y contar chistes a muy serios y angustiados profesionales.

Todas las víctimas simulaban es-

tar bajo hipnosis.

Algunas sesiones, dependiendo de la importancia del interrogado, contaban con la presencia de curiosos agentes de la DINA que, muy entusiasmados, pedían más y más pruebas:

-¡Que cante como Jorge Negrete...!

-¡Que haga un discurso político...!

-¡Que cuente cómo lo pasó la noche de bodas...!

-¡Que se saque la ropa...!

Las risas colectivas eran el homenaje al supuesto éxito de Pinchetti.

Los presos, sin embargo, satisfacían cualquier orden para evitar ser torturados.

SIN TURNOS

Osvaldo Pinchetti llegaba igual que todos, a las 8:30 de la mañana, y almorzaba en el casino de la casona colonial junto al resto del personal.

Salvo que hubiera algún trabajo especial, abandonaba "Terranova" -como se conocía a la Villa Grimaldi- a las 17:30.

No hacía turnos, pero podía ser llamado a cualquier hora de la noche.

La mayoría de los oficiales veían a Pinchetti como lo que en verdad era: un charlatán.

Ninguno, sin embargo, se atrevía a mencionar las dudas ante la presencia de Marcelo Moren.

En cambio, los suboficiales y la tropa -'los gordos', según los prisioneros- creían ciegamente en que Pinchetti tenía realmente poderes paranormales.

Por eso, cuando un prisionero resistía la tortura, la amenaza surgía de inmediato.

-¡Mejor anda cantando porque si no te llevamos donde el Brujo... y ahí no vas a poder mentir!

Con el fin de ganar tiempo, de tener un descanso en medio de la tortura, o de reafirmar historias difícilmente hilvanadas en medio de alaridos de dolor, los prisioneros seguían el juego a Pinchetti.

Hasta ahora no se conoce a ningún ex preso político que voluntaria o involuntariamente haya sido realmente





hipnotizado por Pinchetti.

Muchos, en cambio, recuerdan el soporífero aliento de ese hombre gordo que acercaba su rostro a hombres y mujeres vendados, amarrados de pies y manos a un catre o a una silla, indefensos y con todos sus sentidos en máxima alerta.

UN APRENDIZ

Pinchetti se fue contagiando con la compañía de crueles interrogadores.

No se conformaba con "invitar" al "hipnotizado" a subir a un microbús y bajarse en la zona tal o cual de Cerrillos para buscar la casa donde se escondía el líder mirista Dagoberto Pérez.

Tampoco con orientar a otro, por Irarrázaval con Macul, en busca de la lavandería en que podía estar Mary Anne Baussire, la esposa de Andrés Pascal Allende, esperando que le entregaran sus sábanas.

Voluntariamente, Pinchetti empezó a aterrorizar psicológicamente a los presos, asegurándoles que la madre, la esposa, la hija o la hermana estaban siendo violadas, golpeadas, quemadas...

Se hizo maestro en el arte de atemorizar, de causar pánico. Se contagió también con el ambiente de constante morbosidad que imperaba en la Villa Grimaldi.

En junio de 1975 pidió que para realizar su trabajo le facilitaran la cabaña de madera que habían desocupado la Flaca Alejandra, Carola y Luz Arce, colaboradoras entonces de la DINA.

En ese lugar, según recuerdan algunas ex prisioneras, abusaba de muchachas a las que suponía hipnotizadas.

DE CONFIANZA

A mediados de 1975, Marcelo Moren llevó a Pinchetti a Paraguay.

Debían interrogar y traer a Chile a uno de los hombres más buscados del MIR, Jorge Fuentes, conocido como 'el Trostki Fuentes', hasta hoy desaparecido.

De aquel viaje, Pinchetti le trajo un regalo a Luz Arce: una muñequita con traje típico, adquirida en el aeropuerto de Asunción.

En tanto, el coronel Moren tenía otra pretensión con Pinchetti: quería que le enseñara a hipnotizar.

Aún hoy existen detenidos que no pueden evitar las carcajadas cuando recuerdan el impactante y feroz vozarrón del 'Coronta', repitiendo lo que le enseñaba Pinchetti:

-Ahora te vas a dormir..., tienes mucho sueño...

Y cuando el detenido simulaba dormir, el coronel Morén gritaba de felicidad:

-Lo logré, lo logré...

Se conoce sólo una oportunidad en que un oficial que no era Moren detuvo el entusiasmo del 'doc'. Fue cuando a una prisionera llamada Blanca la tenía de conejillo de indias. Pinchetti le daba unas mixturas del medicamento Encefabol con otras píldoras, que llamaba anuladores de voluntad, más diversas inyecciones. La obligaba a sucesivas sesiones de traslados por las calles de Santiago, para que buscara desde una llave perdida hasta el "tatú", donde estaban guardadas las supuestas armas de la resistencia.

Blanca entró en un estado de aceleramiento psicológico y pasaba los días sin poder dormir.

TRES CHEQUES

En poder del ministro Adolfo Bañados se encuentran hoy tres cheques extendidos por la DINA a nombre de Osvaldo Pinchetti en 1975.

En la investigación sobre los bienes de la DINA, apareció una institución llamada Dinar (sigla de una curiosa Dirección Nacional de Rehabilitación), que era la fachada para contratar y pagar sueldos de civiles que no pertenecían a las Fuerzas Armadas y que trabajaban para el entonces coronel Manuel Contreras.

Más tarde sería la firma Villar Reyes la que haría esa subterránea tarea.

Por estos métodos, fue comprada la casa de Lo Curro, en la Vía Naranja, y también se le pagaba a Pinchetti Gac.

No obstante, o no le pagaron mucho, o se malgastó lo pagado, lo cierto es que cuando los agentes de Investigaciones ubicaron a Pinchetti en una destaralada casa sin luz, en Cartagena, vivía pobremente, abandonado por sus antiguos compinches.

Al no tener pensión ni jubilación, sólo vivía con diez mil pesos que mensualmente le mandaba su hijo.

Ya arriba de la patrulla policial, detenido, quería contarle todo, aun sin que le preguntaran nada.

Del gordo aterrorizador sólo quedaba un balbuceante hombre ya muy mayor, que comprometía a Alvaro Corbalán y a otros sujetos en el asesinato del carpintero Juan Alegría Mundaca.

Pinchetti había logrado vencer las resistencias del obrero para escribir la carta. No lo había hipnotizado, pero sí convencido, entre veladas amenazas y varias copas de alcohol.

EL BUENO

En más de diez años de trabajo en los aparatos represivos del gobierno militar, Osvaldo Pinchetti desarrolló una proverbial habilidad para convencer a los detenidos.

No lograba hipnotizarlos, pero jugando al papel de hombre bueno, sí conseguía aterrorizar.

-Mire m'hijita, usted es joven, bonita, tiene una vida por delante. Yo no quiero que la torturen como están torturando allá adentro. Aquí todos son muy animales. La van a violar y quizá qué otras cosas le van a hacer... Cuente algo que los deje conformes...

Esa era la faena de Pinchetti, mientras se escuchaban gritos desgarradores de hombres o mujeres que eran salvajemente torturados.

Nunca levantó la voz, nunca se violentó ni menos golpeó a nadie. Usaba un tono coloquial..., pero infundía pavor.

Pinchetti, sin embargo, también tenía miedos. Jamás se atrevió a interrogar a psicólogos o siquiátras que cayeron detenidos.

El y los suboficiales y civiles que trabajaban en la DINA vivían envueltos por un manto de supersticiones y cábalas.

Una ex prisionera política recuerda que, a mediados de 1975, llegó a la Villa Grimaldi un detenido que sabía leer las cartas. Muy pronto todos los agentes quisieron conocer su futuro y el destino que les esperaba.

Varios de ellos sintieron pánico, cuando el prisionero, luego de tirar las cartas, les señalaba que los esperaba una tragedia, una muerte segura o un destino incierto.